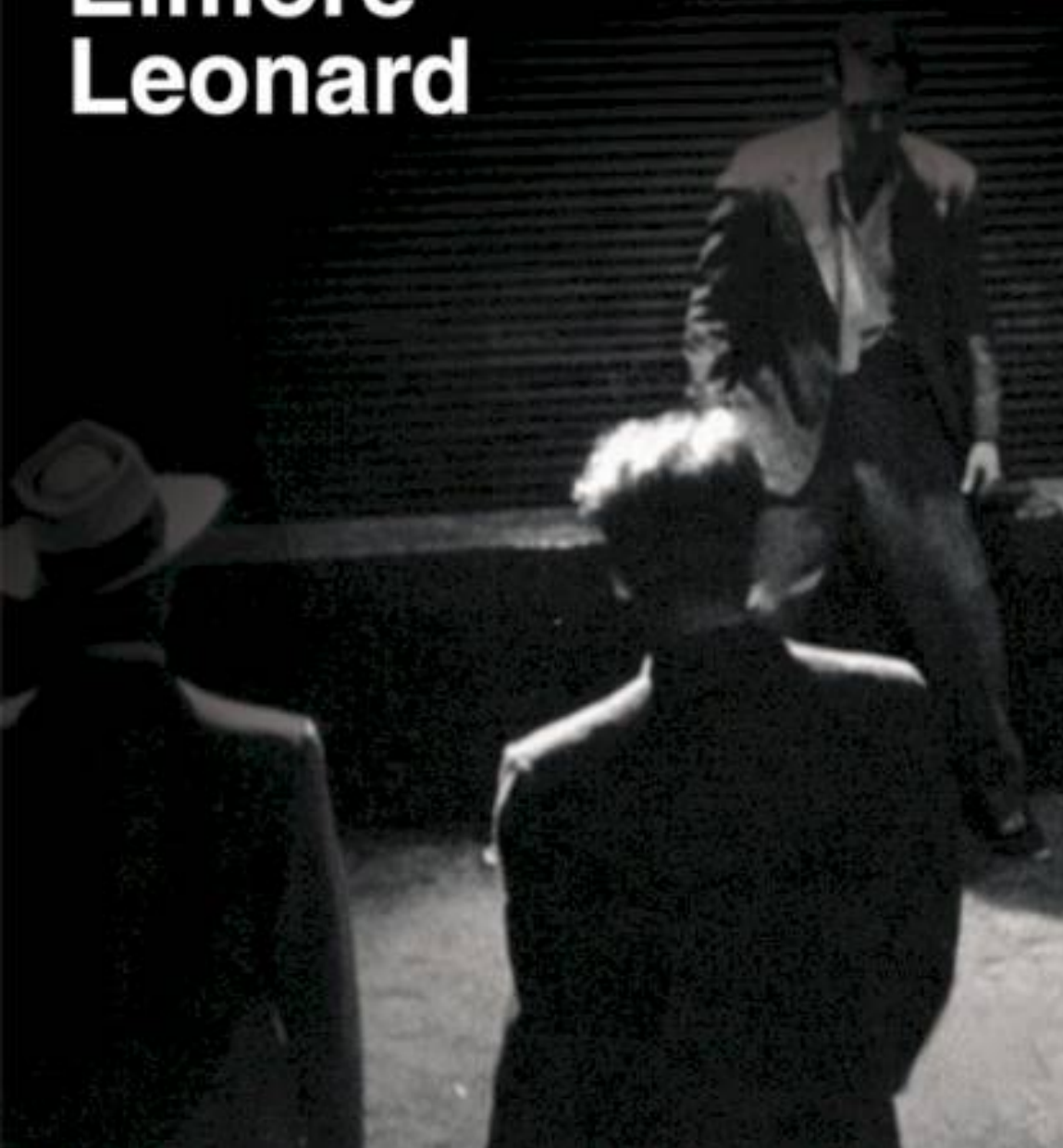


# PERSECUCIÓN MORTAL

Elmore  
Leonard



Wayne y Carmen Colson ignoraban cómo les iba a cambiar su vida el hecho de estar aquel día en la agencia inmobiliaria y ser testigos de una extorsión por parte de dos matones. Uno de los sicarios, Armand Degas, de origen indio ojibway, no podía dejar pasar este incidente y juró vengarse de los Colson. No sólo porque habían visto demasiado, sino también y, sobre todo, por la paliza que Wayne les propinó a él y a su compinche, Richie Nix. Ante el drama de los Colson, la policía de una pequeña ciudad en mitad de la nada del Estado de Michigan no puede hacer gran cosa para protegerles, sólo recomendarles que se acojan al Programa de Seguridad de Testigos.

Para Gregg Sutter

## 1

El Mirlo creía que estaba bebiendo en exceso por vivir en ese hotel tan cerca del Silver Dollar, justo en la puerta. Tenía que hacer un esfuerzo para pasar de largo. Ir andando por Spadina Avenue, ver el puñetero cartel del Silver Dollar, los cientos de bombillas que te daban en la cara, y no dejarse atraer. Tomar un par de copas antes de subir a su habitación, con ese techo que parecía un mapa de carreteras, todo lleno de grietas. Tal vez la culpa de que bebiera en exceso fuera de la gente que frecuentaba el Silver Dollar y sólo hablaba de los Blue Jays. Pensó que iba siendo hora de largarse de allí, de dejar Toronto y el Hotel Waverley para no beber tanto y no sentirse tan mal por la mañana. Seguir cualquiera de las grietas del techo.

Sonó el teléfono. Oyó varios timbrazos antes de descolgar, deseando que se tratara de una señal. Le gustaban las señales. El Mirlo dijo «¿Sí?» y una voz conocida le preguntó si le apetecía ir a Detroit. Para ver a un hombre en un hotel el viernes por la mañana. No le llevaría más de dos minutos.

Cuando la voz del teléfono dijo «¿Detro-it?», el Mirlo se acordó de su abuela, que vivía cerca de esa ciudad; al momento se vio a sí mismo y a sus hermanos cuando eran pequeños y vivían con ella, y se dijo: «Esto puede ser una señal». La voz preguntó:

—¿Qué dices, Jefe?

—¿Cuánto?

—Quince. Por salir de la ciudad.

El Mirlo estaba tumbado en la cama, mirando al techo, las grietas que formaban carreteras y ríos. Las manchas eran como lagos, de los grandes.

—No te oigo, Jefe.

—Creo que te quedas corto.

—De acuerdo. Tú dirás.

—Veinte mil estaría bien.

—Estás borracho. Volveré a llamar.

—El tipo que está en ese hotel, ¿es de aquí?

—¿Y qué importa de dónde sea?

—A mí me importa. Creo que es alguien a quien no quieres mirar a la cara.

—Que te den por el culo, Jefe. Buscaré a otro.

Era un capullo y por eso hablaba así. Muy bien. El Mirlo sabía lo que el otro y sus colegas pensaban de él. Lo tenían por un mestizo duro de Montreal, un poco chalado, y le encargaban los trabajos sucios. Si aceptabas el trabajo, aceptabas que te hablaran de ese modo, pero como te necesitaban podías contestarles. No era una relación social; era cuestión de negocios.

—No tienes a nadie —dijo el Mirlo—. Sólo me llamas cuando tu gente no quiere hacerlo. Eso me dice que el tipo del hotel... podría ser el viejo al que le besáis la mano todos en fila. No se adapta a los nuevos tiempos; no le gusta cómo hacéis las cosas.

Hubo un silencio hasta que la voz al otro lado de la línea dijo:

—Olvídalo. Esta conversación no ha existido.

Ahí lo tienes. Era un chulo.

—Yo nunca le he besado la mano, ni ninguna otra parte del cuerpo. ¿A mí qué me importa?

—¿Lo quieres entonces?

—Estoy pensando —dijo el Mirlo, mirando al techo— en ese Cadillac tuyo, el azul. —Era del mismo color vivo y claro

que la casa de su abuela en Walpole Island—. ¿Qué tiene?  
¿Un año?

—Más o menos.

Eso significaba que tenía dos años o tres. No importaba; estaba en buen estado y le gustaba el color.

—Muy bien. Me das el coche y trato hecho.

—¿Además de los veinte?

—Quédatelos. Me basta con el coche.

El otro les diría luego a sus colegas que estaba loco. ¿Habéis visto? Se conforma con unas chucherías, con un reloj de Mickey Mouse. Pero al teléfono dijo:

—De acuerdo, Jefe, si eso es lo que quieres. —Le indicó el nombre del hotel de Detroit y el número de habitación, una suite en la planta sesenta y cuatro, y le ordenó que estuviera allí pasado mañana, el viernes, a eso de las nueve y media, minuto arriba, minuto abajo. El viejo se estaría vistiendo o leyendo los deportes; había ido a la ciudad para el partido de los Jays y los Tigers. Entrar y salir.

—Salir ya sé. ¿Cómo entro?

—Estará con una chica. Siempre está con la misma cuando va por allí. Lo hemos arreglado con ella para que te deje entrar.

—¿Sí? ¿Y qué hago con la chica?

—Lo que tengas por costumbre, Jefe —dijo la voz del teléfono, esta vez en tono confiado, mira tú por dónde—. ¿Qué te voy a decir?

El Mirlo colgó el teléfono y se quedó mirando al techo; eligió una grieta que podría ser el río Detroit y entrecerró los ojos para ver entre las manchas de los Grandes Lagos: Ontario, Erie, Huron...

Se llamaba Armand Degas y era de Montreal. Su madre era india ojibway y su padre, al que no recordaba, franco-canadiense. Los dos habían muerto. Hasta ocho años antes, había vivido y trabajado con sus dos hermanos. El menor estaba muerto y el mayor cumpliendo cadena perpetua. Armand Degas tenía cincuenta años. Había pasado la mayor

parte de su vida en Toronto, pero no sabía si debía quedarse allí. Bajaba al Silver Dollar y al cabo de un rato se sentía estupendamente. Una pandilla de ojibways frecuentaba el local. Puede que se pareciera a alguno de ellos, corpulento y con el pelo negro, peinado hacia atrás con fijador. Hablaban con él, pero el Mirlo notaba que le tenían miedo. Por el bar pasaban también algunos punkis, unos tarados con el pelo verde y rosa; a Armand no le gustaba cómo le llamaban «Mirlo», cómo lo decían. Los italianos solían llamarle Jefe. Se creían con derecho a llamarle como les diese la gana, con su ropa de marca, siempre gesticulando con las manos. Armand sabía que nunca sería como ellos, aunque uno de ellos le aseguraba a todas horas que era de los suyos. Cuando sonó el teléfono, el Mirlo estaba intentando comprender por qué bebía tanto. Ahora, mientras empezaba a imaginarse a la chica del hotel de Detroit, concluyó que bebía porque necesitaba beber.

La chica sería joven y muy guapa. Al viejo se las buscaban siempre así. Estaría asustada. Aunque le hubieran dicho «Tú sólo tienes que abrir la puerta» nada más; aunque le hubiesen dado dinero, estaría cagada de miedo. Se preguntó si el viejo sospecharía algo. En ese negocio nadie llega a viejo si pasa por alto las señales. Se preguntó si debía ponerse el traje para entrar en el hotel. Le venía muy justo cuando se abrochaba la chaqueta. Iría hasta Detroit en el Cadillac... Y empezó a acordarse de su abuela, intentó imaginar cómo sería en ese momento, más vieja que el viejo al que tenía que visitar. Le llamaban Papa, un tío que había tenido su momento de gloria; nada más. El Mirlo imaginó que se acercaba a la casa azul en el Cadillac del mismo color, y que su abuela salía a la puerta... Luego volvió a ver a la chica en el hotel, cagada de miedo.

Sin embargo, cuando la chica abrió la puerta no parecía en absoluto asustada. Tenía alrededor de dieciocho años. Lle-

vaba puesta una bata, y el pelo rubio y largo le caía sobre los hombros, como una niña. Aunque su expresión no era la de una niña. Lo miró de arriba abajo y dio media vuelta para volver al dormitorio mientras él entraba en la suite y veía el carrito con las sobras del desayuno. La puerta del dormitorio estaba abierta. El Mirlo oyó que la chica decía algo; una chica muy guapa, pero distinta de lo que había imaginado. Echó un vistazo hacia el dormitorio y no vio ni a la chica ni al viejo. Pasó junto al carrito del desayuno y se acercó a los grandes ventanales que mostraban un cielo cubierto. Vio Canadá desde doscientos metros de altura; Windsor, Ontario, al otro lado del río, Toronto a cuatrocientos kilómetros. No directamente enfrente, sino un poco más al este, donde el río Detroit se convertía en el lago St. Clair. Desde allí llegabas hasta Walpole Island. Escudriñó en esa dirección. Un sonido a sus espaldas le hizo darse la vuelta.

El viejo al que llamaban Papa, la cabeza inclinada, la raya bien marcada en el pelo liso y blanco, se estaba sirviendo una taza de café. Se encontraba junto al carrito del desayuno, con una toalla enrollada en la cintura, blanca sobre la piel tostada, casi hasta el pecho; un hombre que siempre vestía con estilo: alfiler de oro en el cuello de la camisa, eternamente bronceado. Pero qué frágil era: seco, envejecido por el sol. Un pájaro podría usar sus paletillas como percha, encaramarse a su clavícula.

Se oyó entonces el grifo de la ducha, más allá de la puerta abierta del dormitorio. La chica les concedía un poco de intimidad.

—¿Papa?

El viejo alzó la vista. En un principio pareció sorprendido y luego frunció el ceño, con las ventanas reflejadas en los ojos: la misma expresión que puso cuando una comisión del gobierno que investigaba el crimen organizado en Canadá le preguntó cómo se ganaba la vida, y el viejo afirmó que trabajaba en el negocio de los pepinillos, que los vendía a los locales donde hacían pizzas.



Con marcado acento y una nota de esperanza, el viejo dijo:

—¿Tiene algo para mí?

—De su yerno.

La esperanza abandonó al viejo, que exclamó:

—Mierda —con voz cansada. Miró el carrito del desayuno, con aire de haber olvidado lo que quería. Se quedó un rato mirándolo, antes de levantar la vista—. Le advertí a mi hija que no se casara con ese tío; es un mala bestia. Pero no me hizo caso. Estoy seguro de que en seis meses tendremos otro funeral.

—Si quiere liquidarlo antes, dígamelo —se ofreció el Mirlo. Vio que el viejo lo observaba, otra vez con el ceño fruncido. Luego preguntó—: ¿No sabe quién soy?

—No lo veo bien —dijo el viejo, rodeando el carrito, una mano puesta en la toalla, los dedos de la otra rozando el borde de la mesa. Parecía muy poca cosa, con todos los huesos marcados, la mirada cansada y húmeda al levantar la vista—. Sí, claro. —Y se encogió ligeramente de hombros mientras se acercaba a la ventana.

El Mirlo observó al viejo, que miraba el comienzo de Ontario, más allá de la ciudad, entre la tierra y el cielo.

—¿Conoce Walpole Island, Papa? —El Mirlo señaló río arriba—. Está allí, detrás del lago, en el lado canadiense del canal. Los cargueros remontan el río St. Clair hasta el lago Huron; luego cruzan el lago Superior y recorren todas las poblaciones. Vuelven cuando empiezan los hielos. Walpole Island es una reserva india; mi abuela vive allí.

El viejo lo miró pausadamente, con paciencia, dispuesto a prolongar el momento, viendo que no tenía escapatoria.

—Mi abuela es ojibway, como yo. ¿Y sabe otra cosa? Es curandera. Una vez estuvo a punto de convertirme en lechuza. Yo le dije: «No quiero ser una lechuza, quiero ser un mirlo». Por eso me llaman así. Me pusieron el nombre mis hermanos, cuando íbamos allí de pequeños.

El viejo volvía a mirar por la ventana, perdido en sus pensamientos.

—¿Se acuerda de nosotros? ¿Los hermanos Degas? Uno murió trabajando para usted; lo mató la policía. El otro está en Kingston cumpliendo cadena perpetua, también por usted. ¿Me está escuchando, Papa? Y yo estoy aquí.

—¿Es capaz de hacer eso, de convertirte en una lechuga?

—Si quiere, lo hace. Verá, cuando éramos pequeños y pasábamos allí el verano, teníamos una escopeta del veintidós y nos íbamos a los pantanos a cazar ratas almizcleras. Casi nunca encontrábamos ninguna y de vuelta a casa de la abuela disparábamos a los perros, a los gatos y a los pájaros. La gente se cabreaba, pero nadie decía nada. ¿Sabe por qué? Porque temían que mi abuela les hiciese algo.

El viejo escuchó con atención y dijo:

—¿Convertirles en un animal? ¿Cómo lo hace?

—Toca un tambor y canta en ojibway; yo no sé lo que dice. Imagínese un día en que no corre ni una gota de brisa. Se pone a tocar el tambor y a cantar, y el viento empieza a colarse por debajo de la puerta y aviva el fuego de la chimenea. Si se lo propone, es capaz de prender fuego a una casa. ¿Y si le haces algo y se enfada? Manda a un pájaro para que te deje una cagarruta en el coche. Su especialidad son las gaviotas. Pasa una gaviota, la abuela toca el tambor, y la gaviota apunta al coche. Ése. Y se caga en el techo o en el parabrisas. Pienso ir a visitarla. Ir en coche hasta allí y coger el ferry en Algonac; desde la orilla estadounidense del St. Clair hasta Walpole Island hay menos de un kilómetro.

El viejo asentía con la cabeza mientras pensaba algo que decir.

—Me vendría bien contar con una mujer así. Para que me convirtiera en un arrendajo. —Sonrió, mostrando una dentadura perfecta—. Los Blue Jays<sup>[1]</sup> lo conseguirán este año, ganarán el mundial. Le apuesto cinco a tres; me da

igual contra quién jueguen. Esta noche vamos a ver cómo machacan a los Tigers. —El viejo se detuvo. Se volvió y miró con sus ojos cansados—. Voy a ponerme la bata... —Se detuvo de nuevo—. Aunque prefiero estar vestido, si no le importa.

—Como usted quiera.

El viejo echó a andar hacia el dormitorio, diciendo:

—Ese yerno capullo; nunca me gustó.

El Mirlo le dio tiempo. Se acercó al carrito y se sirvió una taza de café. Estaba ligeramente templado. Se comió un cruasán y un par de lonchas de beicon frío, que la chica seguramente había pedido y luego no se había tomado. ¿Qué más le daba, si no pagaba ella? Había mordisqueado dos mitades de tostada. El agua seguía corriendo en la ducha. En el carrito había una botella de coca-cola y un vaso mediado; de la chica, que lo había despreciado; le daba igual.

Hacía calor en la suite, y el Mirlo se sentía incómodo con el traje de lana negro y solapa cruzada que se había puesto sobre la camisa blanca, con una corbata azul verdosa de pececitos. Llevaba en la cintura una Browning automática del 38, en los riñones, clavada en la columna. Fue un alivio sacarla de allí. Tiró de la corredera para introducir un cartucho en la recámara. La pistola estaba lista para disparar y también él creía estar preparado. Sin embargo, se le caían los pantalones y tuvo que subírselos para impedir que se le saliera la camisa, además de ajustarse la corbata y abrocharse la chaqueta antes de entrar en el dormitorio. Quería estar presentable. Lo haría por él; nadie más se fijaría en su aspecto, en que el traje le estaba justo y necesitaba un buen planchado. Al viejo no le importaría.

El viejo ni siquiera lo vio. Estaba tumbado en la cama deshecha, con una camisa blanca, almidonada, pantalones tostados y zapatos y calcetines marrones; las manos unidas sobre el pecho, los ojos cerrados.

La ducha seguía abierta en el cuarto de baño, la puerta entreabierta unos centímetros.

El Mirlo tiró de la sábana para cubrir el cuerpo del viejo y ocultarle la cara. Se quedó mirando los contornos de su rostro y vio que la sábana se movía al ritmo de la respiración del viejo, que succionaba la tela blanca a la altura de la boca. Fue allí donde el Mirlo colocó el cañón de la Browning y disparó. Un solo disparo. El sonido reverberó en la habitación y puede que se oyera al otro lado del tabique, en la habitación contigua, o puede que no. Fue muy breve; si alguien lo hubiera oído y se hubiera detenido a escuchar, no habría vuelto a oír nada.

Sólo la ducha en el cuarto de baño.

Cuando retiró la cortina de la ducha, la chica del pelo largo y rubio, que ahora se veía más oscuro, con el rostro y el cuerpo brillantes a causa del agua, lo miró y preguntó:

—¿Ha terminado?

El Mirlo dijo:

—Aún no. —Levantó la pistola y, al fin, vio que la expresión de la chica cambiaba.

Habían pasado nueve años desde la última vez que estuvo en Walpole Island, con sus dos hermanos. Terminaron un trabajo para los italianos en Sarnia y llegaron desde Wallaceburg, cruzando el río. Entrando por allí no parecía que llegaras a una isla.

Esta vez decidió ir por Algonac, en Michigan, bajó por la rampa del ferry con capacidad para noventa coches y se detuvo en la aduana, donde le contó al guardia, sin bajarse del Cadillac, que de pequeño había vivido allí y volvía de visita.

Siguió la carretera que discurría al sur, junto al canal fluvial, donde sus hermanos y él se entretenían tirando piedras al paso de los cargueros. Los barcos cargados de mineral que se deslizaban eternamente sin hacer el menor rui-

do parecían encontrarse muy cerca. Eso era cuando su madre los mandaba desde Toronto para pasar el verano. Una vez cruzaron el canal a nado hasta Harsens Island, en el lado estadounidense, a unos trescientos metros, y su hermano, el que ahora estaba en Kingston cumpliendo cadena perpetua, casi se ahoga.

Luego ya no volvieron por allí hasta que eran hombres hechos y derechos: iban a ver a la abuela cuando pasaban cerca, como en esa ocasión, desde Sarnia, y se quedaban unos días para pintar la casa azul y reparar las goteras del tejado. La casa olía a humedad y estaba llena de ratones que los hermanos Degas cazaban con las trampas de pegamento que compraban en A & P, en Algonac. Las patas de los ratones se quedaban adheridas a una sustancia viscosa; a veces se les pegaba el hocico. Los hermanos sacaban las trampas al exterior, con los ratones aún vivos, y les disparaban con sus pistolas de gran calibre. *Bam*; el ratón desaparecía, y los hermanos Degas intercambiaban miradas y sonreían como si volvieran a ser los niños que disparaban a los perros y a los gatos. La abuela, que empezaba a envejecer, los miraba sin decir gran cosa ni practicar sus artes mágicas.

Ahora, cuando se acercaba a la casa, la encontró más oculta entre los árboles, la pintura azul desvaída y desconchada, las contraventanas de madera cegando las ventanas, el jardín invadido por la maleza.

La mujer de Island Variety, al otro lado de la carretera, frente al muelle de los ferrys, le dijo que sí, que la abuela estaba en el cementerio; la enterraron el invierno anterior. La comunidad no sabía qué hacer con la casa y los muebles, con todas las pertenencias de la abuela. Armand Degas le aseguró que se ocuparía de todo y se marchó enseñada, sin ganas de quedarse charlando con la mujer entre el estruendo de los videojuegos de los niños, que jugaban al Breakout y al Zaxxon. Había más gente. Un grupo de cazadores de patos que entró a comprar chocolatinas y pata-

tas fritas, y hablaban a gritos unos con otros. Sus coches, con matrículas de Michigan, estaban aparcados en la puerta, donde los guías de Walpole los esperaban fumando un cigarrillo. Los guías guardaron silencio cuando Armand pasó junto a ellos para entrar. Sabían quién era.

Los cazadores no tardaron en salir con su ropa de camuflaje y sus botas de goma de dos colores, sin dejar de parlotear, sin prisa, y Armand reconoció en el fondo de la tienda a un tipo al que conocía.

Lionel algo. Se acercaba desde la cámara frigorífica con dos latas de pepsi en la mano. Seguro que era Lionel; por cómo cojeaba. Lionel era un chaval cuando los hermanos Degas iban por allí de pequeños. Cada vez que se cruzaban con él le daban una paliza; Lionel los perseguía con una serpiente viva, y al final llegaron a hacerse amigos. La última vez, nueve años antes, Armand lo había visto en el bar de Sans Souci, en Harsens Island, donde iban a beber los indios; se fijó en que llevaba un bastón. Tomaron juntos unas cervezas y Lionel le contó que se había caído de un edificio, «al hoyo», según dijo, y se había roto las piernas. Por aquel entonces trabajaba instalando estructuras de hierro. Lionel Adam era su nombre completo. Aún cojeaba, levantaba una pierna y describía un semicírculo con ella, pero no llevaba el bastón; se acercó con las pepsis hasta otro hombre inclinado sobre el mostrador de la artesanía india.

El hombre era más alto que Lionel y puede que más joven, con el pelo claro. No era indio. Era delgado, pero de aspecto fuerte. Se irguió y se apartó del mostrador cuando Lionel le pasó una pepsi, y Armand vio que llevaba algo escrito en la cazadora azul. Un rótulo en letras blancas que decía FERRALLISTAS, y debajo, en letras más pequeñas: CONSTRUIMOS AMÉRICA. Es decir, era del gremio; probablemente un antiguo compañero de Lionel.

Armand fue hacia la cámara frigorífica para coger una pepsi. La abrió mientras se acercaba a Lionel y al compañe-

ro, y se fijó en un cartel que anunciaba: ESTA NOCHE BINGO en el Sports Center. ¡TOMA UN REFRESCO EN NUESTRA CANTINA! Lionel no parecía haber visto a Armand. Hablaba con el otro de cazar ciervos de cola blanca.

Resultaba extraño que el ferrallista le dijera al indio que le garantizaba un ciervo como trofeo. Comentó que había comprado un cebo salado para ponerlo en el bosque. Lionel dijo que tendrían que darse una buena sudada y que no podrían comer carne en una semana. Un cola blanca era capaz de distinguir si habías tomado mostaza o ketchup con la hamburguesa. El otro decía que había que observar bien al ciervo, pensar como él, para poder abatirlo.

—Imaginate que eres un ciervo con una gran cornamenta.

—De cuarenta centímetros —dijo el ferrallista.

—Cuando ves a una hembra que te hace señales levantando la cola —dijo Lionel—, no sabes si disparar o follártela.

—Las dos cosas. Y luego te la comes —respondió el otro—. Yo lleno el congelador todos los años en noviembre y en mayo ya no queda nada.

Se alejaron hacia la puerta, mientras Lionel le decía a su compinche que podría organizarse para el día siguiente, a eso de las cuatro. Armand llegó a la salida con su pepsi. Los vio a través del escaparate junto a una camioneta Dodge de color tostado. Cuando el ferrallista se subió al vehículo y se alejó hacia el muelle del ferry, Armand vio una caja de herramientas en el lecho de la camioneta y una placa de matrícula de Michigan. Esperaba que Lionel volviese a la tienda, pero pasó renqueando por delante del escaparate. Armand salió tras él.

—¿Eh? ¿Qué has hecho con el bastón?

Lionel se detuvo y dio media vuelta para mirar, justo detrás del Cadillac azul de Armand.

—Me he imaginado que eras tú —dijo, en un tono distinto a cuando hablaba con su compañero, sin mucha vida